

Primera parte



I

Antonio Pentàgora, como si no hubiera ocurrido nada, ya estaba tranquilamente sentado a la mesa, listo para cenar.

El rostro carcomido, alumbrado por una lámpara que colgaba desde el techo bajo, se parecía casi a una máscara por debajo del blanco rosáceo de la piel dura y rasurada, con pliegues en la nuca. Sin chaqueta, con la camisa celeste suelta y un poco desteñida que llevaba abierta en el pecho hirsuto y arremangada sobre los brazos peludos, esperaba que le sirvieran.

A su derecha estaba sentada su hermana Sidora, pálida y ceñuda, con los ojos penetrantes y huidizos bajo el pañuelo de seda negra que llevaba siempre puesto en la cabeza. A la izquierda, su hijo Niccolino, endemoniado, con la cabeza orejuda como de murciélago sobre el cuello desmesurado, los ojos redondos y la nariz recta. Enfrente estaba puesta la mesa para el

otro hijo, Rocco, que regresaba a casa, aquella tarde, después de la desgracia.

Lo habían esperado hasta entonces, para cenar. Al ver que tardaba, se habían sentado. Estaban los tres callados en la tétrica habitación de paredes bajas y amarillentas, a lo largo de las cuales corrían dos interminables hileras de sillas, casi todas desaparejadas. Desde el suelo, un poco hundido, de terrazo rojo emanaba un mal olor indefinible, como a marchito.

Por fin, Rocco apareció en el umbral, sombrío, deshecho. Era un rubio espigado, con poco pelo, la cara oscura y los ojos de un azul muy claro, casi etéreos y perdidos que, sin embargo, se volvían malos cuando fruncía el ceño y apretaba la ancha boca de labios blandos y violáceos. Andaba con las piernas separadas, se meneaba sobre el busto y acompañaba con la cabeza y con los brazos los andares. De vez en cuando tenía un tic en los tendones del cuello que le hacía alargar el mentón y bajar los ángulos de la boca.

—¡Oh, bien, Roccuccio, ya estás aquí! —exclamó el padre frotándose las gordas manos ásperas, llenas de anillos macizos.

Rocco se quedó unos instantes mirando a los tres que estaban sentados en la mesa, luego se echó en la primera silla cerca de la puerta, con los codos en las rodillas, los puños bajo la barbilla, el sombrero encima de los ojos.

—¡Venga, levántate! —prosiguió Pentàgora—. Te hemos estado esperando, ¿sabes? ¿No lo crees? Palabra de honor, hasta las diez... No, más, más... ¿Qué hora es? Ven, aquí está tu sitio: tienes tu cubierto puesto aquí, como antes.

Y llamó, fuerte:

—¡Señora Popònica!

—Epponina —corrigió Niccolino en voz baja.

—¡Cállate, bestia, lo sé! Quiero llamarla Popònica, como hace tu tía. ¿Qué? ¿No está permitido?

Rocco, con curiosidad, levantó la cabeza y refunfuñó:

—¿Quién es Popònica?

—¡Ah! Una mujer caída en desgracia —contestó alegremente el padre—. Sabes, una verdadera señora. Desde ayer es nuestra criada. Tu tía la protege.

—Es de la Romaña —añadió Niccolino, débilmente.

Rocco replegó la cabeza entre las manos; y su padre, satisfecho, acercó despacio a los labios el vaso relleno; lo descoronó con un sorbito cauto; luego guiñó un ojo a Niccolino y, chasqueando la lengua, dijo:

—¡Está bueno! Roccuccio, vino nuevo; que hace apretar los ojos... Prueba, prueba, te arreglará el estómago. ¡Tonterías, hijo mío!

Y se tragó el resto de un trago.

—¿No quieres cenar? —preguntó después.

—No puede cenar —observó en voz baja Niccolino.

Se quedaron todos en silencio, prestando atención a que los tenedores no buscasen en los platos, para no ofender el silencio que llenaba penosamente el salón. En aquel momento entró la señora Popònica, con los cabellos color tabaco de España untados a saber con qué sebo, los ojos morados y la boca arrugada puntiaguda, oscilante en sus piernecitas, limpiándose las manos dañadas por el trabajo con una chaqueta vieja del dueño que llevaba atada por las mangas en la cadera, como si fuera un delantal. El color del pelo y la apariencia triste de la cara daban claramente la impresión de que aquella pobre mujer caída en desgracia deseaba tal vez algo más que el desesperado abrazo de aquellas mangas vacías.

En seguida Antonio Pentàgora le hizo una señal con la mano para que se marchara: ya no la necesitaban, pues Rocco no quería cenar. Ella arqueó las cejas, que le llegaron casi hasta el pelo, distendió sobre los ojos doloridos los párpados cartilagosos y se marchó, digna, suspirando.

—Acuérdate, ¡eh!, que lo predije —dijo finalmente Pentàgora.

Su vozarrón sonó tan irritante en el silencio que su hermana Sidora, a pesar de que estaba siempre ida, brincó de la silla, quitó de la mesa el plato de ensalada, agarró un trozo de pan y se fue corriendo a acabar la cena a otra habitación.

Antonio Pentàgora la siguió con los ojos hasta la puerta, luego miró a Niccolino y se frotó la cabeza con las dos manos, abriendo los labios en una mofa gélida y muda.

Se acordaba.

Muchos años atrás, su hermana Sidora, excéntrica desde la juventud, tampoco habría querido que se le dirigiera ningún reproche a él, que regresaba a la casa paterna después de la traición de su mujer. Sin decir ni una palabra, ni una, se lo había llevado a su vieja habitación de soltero, como si con eso hubiera querido demostrarle que esperaba verlo reaparecer, un día u otro, traicionado y arrepentido.

—¡Lo predije! —repitió, al volver en sí de aquel recuerdo lejano, con un suspiro.

Rocco se levantó agitado y exclamó:

—¿No encuentras nada mejor que decirme?

Niccolino entonces tiró, por debajo de la mesa, de la chaqueta del padre, como para decirle: «¡Cállate!».

—¡No! —gritó fuerte Pentàgora a la cara de Niccolino—. ¡Ven acá, Roccuccio! Quítate este sombrero de los ojos... ¡Ah, ya: la herida! Déjame ver...

—¿Qué me importa la herida? —gritó Rocco, casi llorando por la rabia, arrugando y tirando el sombrero al suelo.

—Sí, mira lo que te has hecho... Agua y vinagre, rápido: un vendaje.

Rocco amenazó:

—¿Otra vez? ¡A que me voy!

—¡Pues vete! ¿Qué quieres que haga? ¡Habla, desahógate! Te acojo por las buenas y das patadas... ¡Pon paz en tu corazón, hijo mío! La carta, digo yo, habrías podido recogerla con más garbo, sin romperte así la frente en la puerta del armario. ¡Ya está: *tonterías!* Dinero tienes cuanto quieras; mujeres podrás tener cuantas quieras. ¡*Tonterías!*

¡Tonterías! Era su manera de intercalar las frases y acompañaba cada vez la exclamación con un gesto expresivo de la mano y una contracción de la mejilla.

Se levantó de la mesa, se acercó a la cajonera, encima de la cual estaba encogidito un gordo gato gris, y sacó una vela; quitó, para dar a entender lo que quería hacer, las gotitas del tallo; luego la encendió y suspiró:

—¡Y ahora, con la ayuda de Dios, vamos a dormir!

—¿Me dejas así? —exclamó Rocco, exasperado.

—¿Y qué quieres que haga? Si hablo, te pones nervioso... ¿Tengo que quedarme aquí? Bueno, quedémonos aquí...

Apagó la vela y se sentó en una silla cerca de la cajonera. El gato saltó sobre su hombro.

Rocco paseaba por el salón mordiéndose las manos de cuando en cuando, o haciendo, con los puños cerrados, gestos de rabia impotente. Lloraba.

Niccolino, aún sentado en la mesa, bajo la lámpara, amasaba con el índice pelotillas de miga.

—Nunca has querido escucharme —volvió a intervenir después de un largo silencio el padre—. Has..., ¡jem...! Sí, has querido hacer como yo... Casi me entran ganas de reír, qué se le va a hacer... Mira, ¡te compadezco! Pero ha sido, Rocco mío, sólo has confirmado inútilmente que nosotros, los Pentàgora..., ¡quieto, Fufù, con la cola!, nosotros, los Pentàgora, con las mujeres no tenemos suerte.

Se quedó callado otro rato, después empezó otra vez lentamente, suspirando:

—Ya lo sabías... Pero tú creías que habías encontrado el Ave Fénix. ¿Y yo? ¡Igual! ¿Y mi padre, que en gloria esté? ¡Igual!

Hizo con una mano cuernos y los agitó en el aire.

En ese momento, Niccolino, que seguía amasando tranquilamente pelotillas, se rio.

—¡Tonto!, ¿de qué te ríes? —le dijo el padre, levantando del pecho el cabezón rasurado y sanguíneo—. ¡Es el destino! Cada uno lleva su cruz. ¡La nuestra está aquí! Calvario.

Y se golpeó la cabeza.

—Pero, en fin, ¡son tonterías! —continuó—. Una cruz que no pesa —¿verdad, Fufù?— cuando echamos de casa a nuestras mujeres. Al contrario, trae buena suerte, dicen. La gente toma por esposa a una mujer igual que toma en la mano un acordeón, que parece que cualquiera lo sabe tocar. Sí, todos son capaces de estirar y de apretar el fuelle; pero mover los dedos de aquella manera para pulsar los botones, ¡eso es lo difícil! Dicen que soy malo. Pero ¿por qué soy malo? Así como yo estoy en paz, así quisiera que estuviera en paz todo el mundo. Sin embargo, hay gente que parece que engorda cuando puede hablar mal de alguien. Por lo demás, para mí es más útil quien me critica. ¿Sabes qué hago? Cojo la crítica y me la aplico aquí.

Se golpeó la nalga. Y luego prosiguió:

—El que quiera morir, que se muera. Yo me las arreglo para vivir. Salud tenemos de sobra y, en lo demás, la gracia de Dios no nos falta. Se sabe, además, que el trabajo de las mujeres es engañar a los maridos. Cuando me casé, hijo mío, tu abuelo me dijo exactamente lo que después yo te repetí a ti, palabra por palabra. No quise escucharlo, como tú no me quisiste escuchar. ¡Está claro! Cada uno quiere experimentarlo solo. ¿Qué creía yo que era Fana, mi mujer? Precisamente lo que tú, Roccuccio mío, pensabas que era la tuya: ¡una santa! No hablo mal de ella ni se lo deseo: sois testigos. Doy a vuestra madre lo suficiente para vivir y permito que vosotros vayáis a verla una vez al año, a Palermo. Me ha hecho, a fin de cuentas, un gran favor: me ha enseñado que hay que obedecer a los padres. Por eso le digo a Niccolino: «¡Tú, por lo menos, hijo mío, sálvate!».

A Niccolino, que ya tenía novia, no le gustó para nada este último comentario del padre:

—Pero... ¡Pensad en vosotros, porque en mí pienso yo!

—¡Ay..., en él! ¡En él..., ah, hijo mío! —exclamó riéndose Pentàgora—. Pero san Silvestre... Pero san Martín...¹

—Está bien, está bien —contestó Niccolino irritadísimo—. Pero la mamá, pobrecita, ¿qué daño nos ha hecho a nosotros? Aunque es verdad que...

—¡Niccolí', ahora me has hartado! —lo interrumpió el padre levantándose—. ¡Es el destino, tontorrón! Y yo te lo digo por tu bien. ¡Cásate, cástate, si tres experiencias no son bastantes para ti y si eres de verdad un Pentàgora, ya lo verás!

Se libró del gato sacudiéndose, cogió la vela de la cajonera y, sin ni siquiera encenderla, se marchó.

1. En la tradición popular, san Martín y san Silvestre se consideran los santos protectores de los cornudos.

Rocco abrió la ventana y se puso a mirar fuera durante mucho tiempo.

La noche era húmeda. Abajo, después de la empinada cuesta de las últimas casas al pie de la colina, la llanura inmensa, solitaria, se extendía bajo un triste velo de niebla, hasta el mar alumbrado pálidamente por la luna, allí abajo, al final del todo. ¡Cuánto aire, cuánto espacio fuera de aquella alta ventana angosta! Miró la fachada de la casa expuesta allí arriba a los vientos y a las lluvias, y melancólica en la humedad lunar; miró hacia abajo a la callejuela negra, desierta, velada por una única farola lloriqueante; los tejados de las pobres casas recogidas en el sueño; y sintió cómo crecía dentro de sí la angustia. Se quedó mirando atónito, casi con el alma en vilo; y al igual que, después de un violento huracán, ligeras nubes vagan indecisas, pensamientos ajenos, memorias perdidas, impresiones lejanas se le asomaron al espíritu, pero sin tomar forma. Pensó que allí, en esa callejuela angosta, cuando él era un niño, exactamente por debajo de aquella farola de débil luz vacilante, una noche, habían matado a traición a un hombre; que después una criada le había dicho que mucha gente había visto el espíritu del hombre asesinado; y él había sentido un gran miedo del espíritu y durante mucho tiempo no había podido asomarse por la noche a mirar aquella calle... Ahora, la casa paterna, que había dejado hacía ya casi dos años, lo volvía a acoger, con todas sus reminiscencias, con la opresión antigua. Él estaba libre otra vez, como si hubiera vuelto soltero. Dormiría solo, aquella noche, en la habitación desnuda, en la camita de antes: ¡solo! Su casa conyugal, con ricos muebles nuevos, había quedado vacía, oscura... Las ventanas habían quedado abiertas... Y aquella luna, que menguaba en el mar lejano entre la bruma, habría tenido que verse, sin duda, también desde su habitación... Su cama de dos plazas... Entre las cortinas de seda rosácea,

¡ay! Cerró los ojos y apretó los puños. ¿Y mañana? ¿Qué ocurriría mañana, cuando todo el pueblo se enterara de que él había echado de casa a la mujer infiel?

Allá, con la cabeza sumida en el vasto silencio melancólico de la noche punzado y vibrante por los chirridos rápidos de los murciélagos invisibles, con los puños todavía cerrados, Rocco gimió, con exasperación:

—¿Qué es lo que tengo que hacer? ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Ve abajo, a casa del inglés —insinuó en voz baja y tranquila Niccolino, que estaba aún cerca de la mesa con los ojos fijos en el mantel.

Rocco se sobresaltó por la voz y se dio la vuelta aturdido por ese consejo y por la visión de su hermano, todavía allí, impasible, bajo la lámpara.

—¿A casa de Bill? —le preguntó frunciendo el ceño—. ¿Y por qué?

—Yo, si estuviera en tu situación, lo retaría en duelo —le dijo Niccolino con expresión sencilla y convencida, mientras recogía en la palma de la mano todas las bolitas y las iba a tirar por la ventana.

—¿Un duelo? —repitió Rocco, y se quedó un momento pensando, plantado de pie; luego prorrumpió—: ¡Sí, sí, tienes razón! ¿Cómo no lo había pensado antes? ¡Claro, el duelo!

Desde la iglesia cercana llegaron las lentas campanadas de la medianoche.

—Medianoche.

—El inglés estará despierto.

Rocco cogió el sombrero abollado del suelo.

—¡Voy!